

Índice

Este tomo contiene los siguientes folletos:

Para la Historia en el 15 de Noviembre de 1922.
Impreso en Guayaquil, en 1922. Fgns. 28.

Alba de Sangre (Drama en Actos 15 de N. Br.)
1922 / Impreso en Guayaquil, en 1923; Fgns. 24.

Ante los hechos.- Historia del 9 de Julio - Im-
preso en Quito en 1924. Fgns. 48.

Desde el Mirador de América.- Impreso en
Quito, en 1926; Fgns. 45.

Explicó por Federico Páez.- Impreso en Quito
en 1929; Fgns. 118.

La Revolución del 9 de Julio por Julio Moreno.-
Impreso en Quito, en 1928; Fgns. 84.

REG. 67. X. 130. 1011/15. 22

PARA LA HISTORIA

El 15 de noviembre de 1922

PARA LA HISTORIA

EL 15 DE NOVIEMBRE

Por un instinto natural de propia conservación, esto es, por la razón de ser expresada gráficamente en los ingleses con su *to be or not to be*, -todas las naciones del mundo han puesto y continúan poniendo la mayor atención en los problemas sociales y económicos, cuyos principios revolucionaron con las famosas incidencias de la Gran guerra. Cual más, cual menos; es lo cierto que cada país sufre trastornos agudos en virtud de los fenómenos que rezuman de aquel trágico conflicto, y a remediarlos concurren los mayores esfuerzos.

La ciencia económica padece hondo quebranto no por alteración de los inmutables principios que la rigen, sino

porque en la práctica existe quiebra en los factores determinantes. La oferta y la demanda derivan de la producción y del consumo; y como hay lozanía o raquitismo en lo uno o en lo otro, se imponen el equilibrio y la armonía absolutos, a fin de que no se resienta la fuente ni el depósito al cual convergen.

Las fluctuaciones del ésa no dependen principalmente del capitalismo ni mucho menos, sino de diversas causas con raízambres en otro orden de cosas y cuya fuerza vierte de los medios y de las necesidades individuales. Que aquí nace el filón del aprovechamiento y corre por el lecho de la especulación desembozada, ello es incontrovertible; pero no podemos atribuir, sin caer en el riesgo del error, todos nuestros males a la obra conjunta del capitalismo.

Los Estados Unidos, país rico por excelencia, han fundado su grandeza a base de oro, con mezcla de trabajo y aceradas energías. Los Poderes Públicos regulan el fruto y el esfuerzo colectivos por medio de leyes severas y juiciosas, en tanto que ellas se respetan y acatan.

Eso de gobernar un Estado de organismo robusto con brazos y actividades que no se desperdician, no exige, por supuesto, mayor sabiduría; pues los gobernados mismos facilitan y ayudan a sus mandantes. La Estadística controla las inclinaciones de la balanza y a ella se atiene todo el mundo.

No es, pues, lo mismo administrar un país incipiente que cuenta con prejuicios de profundas raíces, con brazos holgazanes, con un pauperismo trascendental y con una empleomanía elevada a profesión liberal

Aquí viene de pesillas aquello de «a río revuelto, ganancia de pescadores», y es por esto que el abuso se agranda, multiplicándose en generación espontánea. Luego es un deber de los asociados cooperar a las labores de los dirigentes, como también prestarles su concurso y compartir con ellos las fatigas del esfuerzo.

No obstante encontrarnos nosotros en tan desventajosas condiciones, sólo por virtud de nuestra propia indolencia,

no hemos sido castigados con el rigor de otros países más infelices, quizá porque nos ha asistido una naturaleza realmente pródiga; que, por lo demás, la visión de la miseria habría desgarrado ya el alma nacional.

Es una maravilla que no hayamos descendido a la sima de la bancarrota al peso de las horrendas calamidades que oprimen a otros pueblos, donde parece que la clemencia de Dios hubiera muerto muerte eterna.

Ello demuestra que el Ecuador cuenta con medios de vida propios, suficientes para afianzar un porvenir halagueño; y, por lo mismo, son recomendables los gestos en orden a la evolución del progreso y la conquista de la riqueza pública, siempre que aconsejen la cordura y la buena fé.

Aquellos a quienes les ha dado el naípe sólo por engolfarse en discusiones pueriles, cuando nó en vaciar el tintero de los vulgares apasionamientos, merecen unánime reproche, mayormente los agitadores escondidos, anónimos e irresponsables. Lo correcto y digno es indicar el remedio, pero no tiene nombre eso de agredir, insultar, renegar, maldecir y azuzar.....



EN la hora presente de crisis general, Guayaquil, con más suerte que las poblaciones andinas, no incubó en su seno los gérmenes de la hecatombe económica; pero acogió, en cambio, y mal de su grado, los fantasmas de la rebelión armada. De ahí que un asunto obrero, muy digno de atención, se lo quiso convertir en actitud subversiva, valiéndose de las necesidades del proletario. El ojo político pleno de codicia y de ambiciones desenfrenadas, creyó encontrar una oportunidad para hundirnos más cabe las ruinas de una revolución sangrienta.

La chispa se encendió y se apagó en su origen.

Afortunadamente, no tenemos por qué darle pábulo a un sino que no lo merecemos, ni, tampoco, resignarnos a una esclavitud que no representa nuestra acreencia. Toda petición es justa, cual reza y garantiza la Constitución de la República; pero prohíben y castigan nuestras leyes la rebeldía, sean cualesquiera su forma y su origen.

El señor Presidente de la República no ignoraba que los enemigos de la paz venían conspirando de luengos tiempos atrás a efecto de derrocar su Gobierno; mas no estimó necesarias las medidas de seguridad, ya porque no se desacreditara el país en el extranjero, ya porque los conjurados contaban de antemano con un marcado desprestigio, hijo de sus propias obras. Justo, pues, que estas poderosas consideraciones le restasen toda importancia a los anhelos revolucionarios.

La indiferencia del Gobierno hacia los planes subversivos y las esperanzas en huevo, logró alentar a los de la encartada; y entonces torcieron estos, por así decirlo, el noble intento de las huelgas, entre tanto los agentes sediciosos azuzaban y buscaban adeptos.

* * *

NOSOTROS somos de los que creen a pie juntillas en aquello de que PRIMERO LA VERDAD QUE LA PAZ, sobre todo respeto a los hechos que aumentan el volumen de la Historia Nacional. Hacer luz en torno de ellos es un

deber de patriotismo, especialmente en quienes creen poder salir airosos en el empeño.

Queremos sólo poner las cosas en su puesto, sin que nos ciegue la pasión ni nos guíen intereses o simpatías personales. Estamos con el proletario, velando por su suerte en la medida de nuestros pequeños alcances; y, precisamente, vamos a deslindar en estas breves líneas a los verdaderos obreros de los falsos y entrometidos que han hecho verter sangre de hermanos, mezclándola con las crepitantes lágrimas de tanto y tanto hogar huérfano y desamparado.

Sería un lugar común y una redundancia imperdonable aquello de hacer un recuento en estas páginas de los hechos consumados por individuos que, al amparo de situaciones excepcionales, actuaron en la vida pública, dejando no una estela perdida en la mar, sino una senda de oprobio, de vergüenza y dolor, muy bien trazada en la conciencia popular; estaría demás, decimos, la repetición de cosas perfectamente averiguadas y juzgadas ya por la opinión pública. ¿Quién no conoce a los farsantes, embaucadores de las multitudes, ora apóstoles, ora regeneradores?

Intrigantes insignes creyeron triunfar con sus ardides, pero sólo han alcanzado menospreciar su nombre e hipotecar menguadamente su porvenir.

Entre un rey de puercos y un porquero de hombres, nos quedamos a aquel; puesto que el segundo mancha con manchas de afrenta. Nunca fue noble Tigelino, mientras Petronio lo fue aún con el César. Del mismo modo, jamás es ni siquiera decente quien trata de acanallar a los hombres.... El rey de puercos sólo es rey de puercos.

Si nouviésemos el íntimo convencimiento del cabal desprestigio de los hombres que han actuado en la revolución abortada, no sería sino de recorrer las páginas de la prensa nacional, de la prensa activa escrita por espíritus que crecen lozanos y robustos únicamente en los escritores que no claudican y que se pelean, pecho al frente, por llamar a las cosas por su propio nombre: al pan, pan; y al vino, vino. Fue preciso para ello enfrentarse con los déspotas que entra-

ron a saco en las Arcas fiscales, implantando el nepotismo más descarado. Pero, valga la franqueza, firmes y tenaces, aquellos escritores triunfaron, a despecho de las amenazas y de los impúdicos insultos que les llovían a diario de parte de quienes, faltos de razón y cojidos en la trampa de su propia inutilidad, no podían proceder de otra guisa, ni, tampoco, desenredarse de las alambradas entretejidas por ellos mismos.

No faltó, a la sazón, día que amaneciera sin una nueva sorpresa urdida en el palacio presidencial, o, las más de las veces, en el PALACETE del segundo Presidente que era, en verdad, quien manejaba la cosa pública; y los que luchaban en liza decente y hábil, junto a los mejores periodistas de la República, tenían que desbaratar los planes cotidianamente.

Si hiciéramos un ligero recuento, lo más sucinto posible, de las zancadillas que concibieron los farzallas, sería para nunca acabar. Además, huelgan, por completo, porque, como hemos dicho, son perfectamente conocidas aún en los rincones más apartados de la República.

Y fuerza que prescindamos aquí de tan triste remembranza, una vez que ya se ha escrito bastante acerca de este ingrato asunto.

Entre las muchas preocupaciones del señor Enrique Baquerizo Moreno, ninguna primó con tanta solicitud como esa de dejar arreglado el Congreso del doctor Tamayo a su amaño, a fin de procurarle las mayores dificultades a su gobierno. Aún más: rechazada la senaduría de aquél por toda la provincia del Guayas, no se tuvo empacho en «sacarlo» de senador por el Cañar, cuyos hijos, por medio de un altivo memorial al Congreso, protestaron por esa burda imposición del oficialismo imperante. Mas no hubo qué hacer, y quedó consagrada procedencia tan espúrea.

El susodicho senador no ha dejado de obstaculizar los propósitos honrados del señor Presidente de la República, cada vez que ha concurrido al Congreso, y, también, conspiró en todo momento. Si no resultaron sus arbitrios no fue sino por falta de arreos y arrestos propios, contra-

puestos con el prestigio del doctor Tamayo, pero nó por ausencia de ajetreos y labor de subterráneo, planeados al calor vivo de anhelos locos.

¿Qué iba a hacer el gobierno descubriéndolo y denunciándolo a su debido tiempo, si el pobre señor padece del tema de la conspiración? ¿Desacreditar al país en el concierto de las naciones civilizadas, cual decimos al comienzo, sólo por ponerle en vereda al que tomó por el atajo? ¡Bah, entonces se habrían cambiado los papeles del necio y del cuerdo! Lo mejor era sonreír y dejar que lloren y rían los espectros.

Mientras no fueron peligrosas las demostraciones hostiles del Senador por el Cañar, éste gozaba de absoluta libertad para urdir sus expedientes subversivos; así como disfrutó de aquel beneficio hasta el momento en que puso pie en el vapor "Radamés", rumbo a suelo extraño.

*
* *

No quisiéramos, repetimos, bucear mar adentro de las responsabilidades por los nunca bien llorados sucesos del 15 de Noviembre último; pero es preciso descubrir a los culpables, buscándolos a través del oro de la imparcialidad y para que la inocencia resplandezca cual joyel afiligranado, fundido en los crisoles de la verdad.

Puede asegurarse que el prólogo de la sedición deriva del conflicto universitario con motivo de la supresión de las ternas para el nombramiento de Rectores de las Universidades, si bien es cierto que no todos los estudiantes adolecieron de insinceridad en su reclamo. La mayoría de ellos, respondiendo a la sangre pletórica del ánimo juvenil, — atributo éste el más noble en el hombre según nos lo demuestra Cayo Salustio Crispo en la «Conjuración de Catilina», — no hicieron otra cosa que velar por la autonomía universitaria, la misma que fue rebatida por el doctor José Vicente Trujillo como Diputado al Congreso de 1918, en la sesión del día 24 de Agosto del propio año, cuando defendió con empeño la supresión de las ternas susoexpres-

sadas. Pero en medio de aquellos ingenuos estudiantes se metieron determinados elementos de mala fe, con el exclusivo propósito de sembrar resistencias y producir escisiones en el seno del gobierno.

Al efecto, ¿qué se perseguía con el bochínche del 19 de Octubre y con las notas de escándalo que precedieron a este día?

Una publicación autorizada que apareció el 3 de Octubre, refiriéndose a los sucesos estudiantiles, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

"La manifestación del domingo último, si bien revela la sangre cálida y ardorosa de los universitarios guayaquileños, también denuncia una ligereza y un extravío.

"La libertad no ha muerto; el Derecho y la Justicia viven aún. Llegar a su augusto santuario es muy fácil, siempre que no se torne por el atajo en son de conquista. El derecho de petición está garantizado, pero la rebeldía se halla proscrita.

"No queremos herir la susceptibilidad ni el decoro de los universitarios guayaquileños, que siempre han dado pruebas de conciencia y altivez; pero no se escapa a nadie que existen sugerencias extrañas, con fines ocultos y logros interesados. Quiérese llevar el agua a determinado molino, azuzando la rebelión y requiriendo sus consecuencias. De ahí que hayan arbitrado la ofrenda floral a Rocafuerte, como que el doctor Tamayo, digno Presidente de la República, fuese un quidam, un déspota o un conculcador de la soberanía patria, según los pregones estudiantiles.

"Ojalá que se repitan cotidianamente los gestos cívicos como el acto de la ofrenda floral del domingo, para levantar el espíritu de las multitudes; mas nunca a igual de un audaz bofetón amagado a los Poderes Públicos, cuando se halla a la cabeza un Republico como el señor doctor don José Luis Tamayo."

Ahí está, pues, la fuente a que aludimos.

Caldeados los ánimos de este modo, no había evidencia para esperar días más serenos y tranquilos, más aún si los cambios internacionales habían adquirido una relación

asazmente desproporcionada a tal punto, que la suerte de las mayorías cobró un tinte de desesperación.

Entonces los obreros del ferrocarril se declararon en huelga, en pos del palio que les amparase de los rigores del hambre, pero luego de haberse desatendido su pliego de peticiones.

Aún cuando la prensa toda y el público en general han reconocido la justicia de los trabajadores de la huelga en referencia, séanos permitido también a nosotros pronunciar-nos a discreción en igual forma ya por la carestía de las subsistencias, ya por la consútable desigualdad en que se encuentra el obrero ecuatoriano con relación al obrero yanqui.

Y aquí unimos nuestros aplausos a los señores Gobernador del Guayas don Jorge Pareja y al Jefe de la Tercera Zona Militar, General Enrique Barriga; quienes actuaron digna y noblemente hasta dar fin con la huelga y restablecer, por lo tanto, el tráfico ferroviario interrumpido durante varios días. La prensa de Guayaquil hizo en su oportunidad el justo elogio de estos dignísimos funcionarios y cumplidos caballeros.

No porque el mal ejemplo cunde, sino comportaba mal ejemplo la a ira la acitula de los obreros del ferrocarril, antes bien por considerarse en las mismas situaciones de angustia y estrechez económica, los empleados de los tranvías de fuerza motriz y de sangre resolvieron también, pedir el aumento de sus salarios, declarándose en huelga desde el día lunes 13 de Noviembre a las 3 de la tarde y amenazando con un paro general.

Envano las autoridades locales, que ya contaban con el valiosísimo contingente del no menos digno funcionario y meritisimo caballero señor don Aljo Mateus, recién nombrado Intendente del Guayas, oponían sus poderosas influencias para ver de contener el susodicho paro al cual iban sumándose día a día, hora por hora, minuto tras minuto, las energías y entusiasmos de diferentes asociaciones gremiales que acariciaban el espíritu de vinculada solidaridad; envano, repetimos, se desvelaban el Gobernador, el In-

tendente y el Jefe de Zona por garantizar la tranquilidad social y servir los intereses de la comunidad guayaquileña, si los caudales ya habían salido de madre, arrollando con cuanto les contenía el paso.

No hay lugar a duda del porfiado empeño de las autoridades locales en orden a la solución del conflicto obrero, alentadas, desde luego, por instrucciones directas del Gobierno y por los unánimes aplausos del público todo.

El señor Presidente de la República cuyos afectos a Guayaquil son indiscutibles, ha hecho gestiones y esfuerzos tendientes al mismo fin, esto es, a dar término a la huelga por medio de acuerdos que concilien los intereses de las partes controvertidas.

Entre tanto se agravaba visiblemente la situación así en Guayaquil como en otras ciudades de la República, a donde llegaba el eco sordo de los acontecimientos que venían desarrollándose en la Motrópoli comercial.

Guayaquil sin carros urbanos, sin leche, sin pan, sin carne, sin luz; con los víveres a precios fabulosos por la falta de trenes del interior, y, lo más grave, sin periódicos! ¡Oh, Dios quiera que nunca más esta nobilísima ciudad vuelva a caer en la oscuridad tan tenebrosa de aquellos días de terror y espanto!

Crecía, decimos, por momentos la ansiedad, como fuese este preludio de la catástrofe del día 15.

La «Gran Asamblea de Trabajadores» dictaba medidas y más medidas; unas resoluciones tras otras; en fin, se entorpecía y enredaba la situación, ya por la presión velada y artera de ciertos elementos perniciosos y extranjeros, ya por obra de los agentes de la revuelta: quienes, unos y otros, buscaban la manera de amenguar el ideal de las clases trabajadoras y andaban a caza de la primera oportunidad para lanzarse sobre su presa, con hambre y sed de saqueo, robo, violación y muerte. . .

En la tarde del 14 se llevó a cabo la grandiosa manifestación del pueblo de Guayaquil, en la cual se pidió a una sola voz el Decreto de Incautación de Giros como medida efficacísima para obtener la baja del cambio. Los Síndicos

de las corporaciones huelguistas hicieron uso de la palabra, habiendo concedido imprudentemente el plazo fatal de veinte y cuatro horas para que contestara el Gobierno, el cual plazo era demasiado estrecho para estudiar la fórmula de la incautación, en extremo delicada. Sin embargo las autoridades locales, animadas de los más plausibles anhelos en beneficio del pueblo, ofrecieron a los concurrentes solucionar el conflicto del modo apetecido y agregaron que el gobierno contestaría en el lapso señalado.

Hasta este momento, puede decirse que no hubo mayor peligro, sólo que un orador oficioso tuvo la enorme imprudencia de arengar al pueblo en el sentido de que debía pedirse la derogación de la MORATORIA, señalando a esta ley salvadora como el «alfa» y «omega» de nuestro desbarajuste económico. También hizo acusaciones contra determinadas instituciones bancarias, increpándolas de haber lanzado emisiones fraudulentas; afirmación que no comprobó ni podría comprobar el orador en los días de su vida.

Esta alocución pudo haber acarreado fatales resultados, si el pueblo congregado en los contornos de la Gobernación no hubiera sido consciente; pues de otra manera, es decir, si sólo se hubiesen dado cita muchedumbres adocenadas, era muy posible que estas habrían sido conducidas a un atropello contra los Bancos, de consecuencias incalculables. Pero, ventajosamente, allí estaban, en mayoría las masas preparadas que han estudiado los poderosos beneficios que derivan de la Ley de Inconvertibilidad, expuestos por los cerebros más robustos en la prensa diaria, en folletos, revistas, magazzines, hojas sueltas, etc, etc.; y, además, no ignoraban el quid de las apasionadas frases del orador al pronunciarse contra nuestras instituciones de mayor crédito dentro y fuera de la República.....

Así las cosas, debía estallar al siguiente día, el memorable 15 de noviembre, el golpe de mano, como se verá por los siguientes sucesos desarrollados aquel funesto día.

Los rumores que circulaban en Guayaquil desde muy

por la mañana, propalados por agentes interesados, eran de tal magnitud que hacían poner los pelos de punta a los espíritus más templados.

Se decía, entre otras cosas, que en Riobamba y Quito había atacado el pueblo los cuarteles y que aún había dimitido el Presidente; y así, la mar de hechos semejantes, para ver de alentarle al pueblo de Guayaquil y arrastrarlo, como lo arrastraron, al más inútil de los sacrificios.

¿No se dieron a luz, también, en este puerto diversas hojas volantes encaminadas a solicitar la dimisión del Ejecutivo "por inepto"? ¿No se veía en la Plaza de Rocafuerte a conocidos sujetos del «enriquismo» impartiendo órdenes y repartiendo impresos incendiarios? ¿No denunció "El Guante", vocero el más respetable de la opinión pública, en los días mismos del paro, la existencia de un complot revolucionario?

Solamente los ciegos de espíritu o de alcances, como si dijéramos aquellos que no miran más allá de sus narices, o de los ojos del alma, pueden negar que hubo revolución y, además, propósitos bolshevistas. ¿No estábamos, acaso, rígidos por un Soviet, condensados en el aturdimiento de los obreros y de los que no lo eran?

Aquí cedemos la palabra a las autoridades locales, que han hablado con sobrada ecuanimidad y de acuerdo con la verdad de los hechos.

Hé aquí su manifiesto plonamente histórico:

«A LA NACION»

“PASADA la primera impresión de los dolorosos acontecimientos ocurridos últimamente en esta ciudad, creemos de nuestro deber hacer una exposición de los hechos, a fin de que las personas alejadas de ellos los juzguen con exactitud, y a fin, también, de que la verdadera clase obrera pueda darse cuenta cabal de cuanto ha ocurrido, a propósito de los reclamos que ella formulara.

«Sabido es cual fue el principio de los acontecimientos que acaban de ocurrir: Los empleados y trabajadores de las Empresas de Luz y Fuerza Eléctrica y de Carros Urbanos, se declararon en huelga, con el objeto principal de alcanzar aumento de jornales, y de obtener las demás condiciones que constan en el pliego que es ya del dominio público.

«A esos puntos estaban reducidas las diferencias, y el primer paso dado por las autoridades fue el que la conciliación indica: tratar de conseguir un arreglo equitativo entre las Empresas y sus trabajadores.

«Iniciadas las gestiones bajo la mediación del Gobernador y del Intendente de Policía, en el Despacho del primero, se llegó por el señor Enrique Marquez de la Plata, representante de la Empresa de Luz Eléctrica, por una parte, y por los señores delegados de los huelguistas, y sus Síndicos, por otra parte, a un arreglo según el cual, la Empresa aumentaría los jornales y sueldos de los empleados y trabajadores, solicitándole al Concejo el permiso necesario para elevar a diez centavos el valor de los pasajes en los tranvías.

«A igual acuerdo se llegó, en el mismo despacho gubernativo, entre los señores doctor Manuel Tama, Juan X. Aguirre y Juan José Avellán, como representantes de la Empresa de Carros Urbanos, y los delegados de los huelguistas trabajadores de esa Empresa y sus Síndicos.

«Cuando todo parecía satisfactoriamente arreglado; cuando ya el Concejo había manifestado su buena voluntad para acceder al aumento de la tarifa de pasajes, si así lo solicitaban las partes, como medio de llegar a una solución, los representantes obreros y sus Síndicos, manifestaron que, según la última determinación de la Asamblea, ésta no deseaba que se hiciera el aumento de la tarifa.

«A pesar de este incidente, continuaron las gestiones de las autoridades, y se llegó a plantear la fórmula de que, si los obreros no querían pedir el aumento de las tarifas de pasajes, las autoridades que habían intervenido en el arreglo lo pidieran al Municipio. Nuevamente renacía la esperanza de un arreglo, cuando en el momento menos pensado la determinación de la Asamblea de los Trabajadores cambió de rumbo, y dejando de mano los puntos originarios que habían motivado la huelga, entraron los obreros a plantear un reclamo de aspecto netamente económico como era la baja del cambio. Este reclamo fue presentado al Despacho de la Gobernación en oficio de fecha 14 de Noviembre de a continuación se copia.—**GRAN ASAMBLEA DE TRABAJADORES Y EMPLEADOS DE LA EMPRESA DE LUZ Y FUERZA ELÉCTRICA.**—Guayaquil, 14 de noviembre de 1922.—Señor Gobernador de la Provincia.—Tengo el honor de poner en conocimiento de usted que la Asamblea en sesión de ayer ha aprobado la siguiente moción presentada por esta Presidencia.—Que declara la Gran Asamblea suspender la discusión de sus intereses privados como el alza del salario, para dedicarse a resolver el problema fundamental de la baja del cambio y como primera labor se convoque a todo el pueblo de Guayaquil a una gran manifestación ante las autoridades que tendrá lugar mañana (hoy) a las dos de la tarde.—(Se aprobó). Lo que me es grato transcribir para los fines consiguientes.—Justicia y Equidad.—El Presidente, Adolfo Villacrés.—El Secretario, Juan Huapaya.

«Antes de pasar adelante, es preciso aclarar que al iniciarse la discusión de sus reclamos con los trabajadores de la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica, éstos se comprometieron con las autoridades a no interrumpir por ningún caso el servicio de Luz Eléctrica en la ciudad, y, por lo tanto, los obreros de esa sección continuarían prestando en ella sus servicios. No se explica pues, cómo la Asamblea de esos mismos trabajadores estando en plena discusión de los reclamos de sus miembros, con Autoridades y Empleados, rompieron con el compromiso arriba expresado, y, aceptando la ingerencia en sus decisiones, de una asociación extraña denominada «La Federación Regional de Trabajadores Ecuatoriana», decretaran en asocio de ella el PARO

GENERAL el día lunes 13 de Noviembre, a las tres de la tarde; es decir, en el mismo momento que en el Despacho de la Gobernación se discutía y casi terminaba un arreglo ventajoso para ellos. El *Paro General* fue comunicado al señor Gobernador de la Provincia el día 13 de Noviembre por medio de un oficio que reposa en el archivo de la Gobernación, y, además, comunicado al público en una hoja suelta concebida en términos en que se ponía en duda la buena fe y recta conducta de las autoridades.

«Apesar de todo esto, continuaron las autoridades con su indiscutible y probada buena voluntad, atendiendo el nuevo aspecto de las reclamaciones obreras, es decir, el de la baja del cambio. Se dió permiso para la manifestación que debía verificarse el día martes 14 por la tarde. La Gobernación recibió de manos del Síndico Dr. José Vicente Trujillo, en el momento mismo de la manifestación del día 14, el pliego de conclusiones a que había llegado, no ya «La Gran Asamblea de Trabajadores de las Empresas de Luz y Fuerza Eléctrica y Carros Urbanos», ni siquiera la llamada «Federación Regional Electoriana de Trabajadores», sino la nueva Asamblea de la cual no tenían hasta ese momento noticia alguna las autoridades, y denominada ahora Gran Asamblea Popular Trece de Noviembre.—El Acuerdo tomado por dicha Asamblea estaba concebido en la forma siguiente:—PRIMERO.—Que el Gobierno decrete la incautación total de giros;—SEGUNDO.—Que conjuntamente con la incautación decrete la moratoria regulada gradualmente para el pago de letras vencidas en moneda extranjera;—TERCERO.—Que el Gobierno reconozca el Comité Ejecutivo que para solucionar la situación económica social, ha designado la Asamblea Popular de hoy dándole las más amplias facultades;—CUARTO.—Que el Comité Ejecutivo se entienda facultado para resolver la situación económica social en general y preferentemente, los conflictos entre Capitalistas y trabajadores y el de abaratamiento de las subsistencias, dictando los reglamentos que estimare necesarios.—QUINTO.—Que el Comité Ejecutivo como primera medida de urgencia impostergerable fije el tipo máximo de venta de los giros incautados.—SEXTO.—Que el Comité Ejecutivo esté presidido por el Ministro de Hacienda o su delegado e integrado por un Gerente de Banco de Emisión, el Presidente de la Cámara de Comercio, dos delegados de la Asamblea (asesorados en la parte económica por dos técnicos que ellos nombrarán, y en la parte jurídica por los dos Síndicos, [estos cuatro sin voto] y dos delegados de la Confederación Obrera del Guayas.—y SEPTIMO.—Que la clase obrera declinará su actitud actual tan pronto como este Comité Ejecutivo le comunique que ha comenzado sus gestiones, debidamente autorizado.—El Presidente, Adolfo Villacrés.—El Secretario, Juan Huapaya.

«La Gobernación, como va se ha dicho, recibió el pliego anterior y, de acuerdo con la petición que éste contenía, para que se procediera a la incautación de giros, el señor Presidente de la República, a quien se le transmitió dicho acuerdo, designó una Comisión compuesta por el señor Eduardo Game (a quien los mismos obreros habían indicado para el efecto), el señor Víctor Emilio Estrada [a quien la propia Confederación Obrera había nombrado su asesor financiero] y el señor José Rodríguez Bonín, a fin de que dicha comisión procediera inmediatamente a estudiar la forma más conveniente de llevar a cabo la incautación.

«La manifestación del día 14 terminó a las cinco de la tarde, más o menos, y el día siguiente, 15, a las ocho de la mañana, ya había comenzado

sus labores la indicada Comisión.—Con más rapidez, no era posible proceder. Un proyecto de incautación, para que sea efectivo y no contra-productente, es decir, para que pudiera dar los efectos apetecidos, necesitaba ser debidamente consultado, para no dejar abiertas, las puertas a la especulación que con él se quería combatir. La comisión con una actividad innegable, procedió a formular enseguida el proyecto, y reunida en la residencia particular del Gobernador de la Provincia, tomó como base el mismo proyecto que la Confederación Obrera había formulado; conferenció con el señor Aurelio Sempértegui, miembro de dicha Confederación, y llamó al Presidente de la Asamblea señor Adolfo Villacrés, quien se presentó pocos momentos después en unión de los señores Amadeo Rojas, delegado de la misma, Efrén Alvarez Lara, asesor financiero, y de los Síndicos doctores Carlos Puig V. y José Vicente Trujillo.—Discutieron el proyecto, la comisión acogió todas las indicaciones que ellos hicieron, y en unanimidad de opiniones se suscribió casi a la una de la tarde, el acta que contenía el proyecto definitivo.

«Al iniciarse esta reunión el Gobernador de la Provincia manifestó a los delegados de la Asamblea y a los Síndicos, que iba a publicar un bando haciendo conocer que el señor Presidente de la República había designado la Comisión para formular el proyecto de incautación de giros, que éste se había reunido con tal objeto, y, por lo tanto, no tenían razón de ser ya, las manifestaciones colectivas y los grupos de personas, en las calles de la ciudad, todo lo cual quedaría desde ese momento prohibido.

«Los Síndicos adujeron razones para demostrar que creían inconveniente la publicación del bando y concluida la reunión y aprobado el proyecto de decreto, indicaron que por lo menos no debía hacerse el bando hasta después que ellos hubieran explicado a la Asamblea, el estado en que se hallaban los arreglos, ofreciendo además conseguir de la Asamblea, que ésta publicara una hoja volante al respecto, pidiendo también al pueblo esperar con calma la remisión del decreto respectivo, por el señor Presidente de la República.

«Convino en ello el señor Gobernador, y les insinuó la necesidad de ir acto continuo a la Asamblea a comunicar todo lo acordado; pero los Síndicos respondieron que a esa hora (las 12 y media del día más o menos), sería inútil, porque no se encontraban reunidos sino muy pocos miembros de la Asamblea y de la Federación. Como última conclusión se aceptó entonces que el bando se publicaría de todas maneras a las cuatro de la tarde y el señor Gobernador dejó que se retirara el Escribano señor Rodríguez Avilés a quien se le había llamado para la publicación del bando en referencia.

«A los dos de la tarde fue entregado en el Despacho de la Gobernación de la Provincia, el siguiente oficio.

«Gran Asamblea de Trabajadores.—Guayaquil, noviembre 15 de 1922.
—Sr. Gobernador de la Provincia.—Ciudad.—La Gran Asamblea de Trabajadores, que se encuentra en sesión permanente, ha oído el informe verbal de los Delegados Obreros, su asesor y sus Síndicos sobre la labor efectuada esta mañana, así como ha conocido el Decreto enviado al Ejecutivo para su promulgación. Como todavía no se trata de que está constituida y debidamente autorizado el Comité para funcionar, la Asamblea no se cree en el caso de dar cumplimiento al último acuerdo tomado ayer y que para el solo objeto de que se faciliten las comunicaciones, concede

el plazo que se vencerá mañana a las ocho del día, plazo que estima suficiente la Asamblea para que esté promulgado el Decreto, que hace tanto tiempo esperan los obreros de Guayaquil, constituirlos permanentemente en sesión.—*Equidad y Justicia*.—*El Presidente*.—*Adolfo Villacrés*.—*El Secretario*.—*Juan Huapaya*.

«A las cuatro debía publicarse el bando, pero a las tres de la tarde se produjeron los sucesos que todos conocemos. ¿Cómo ocurrieron esos sucesos? Antes de explicarlos es preciso retroceder en la narración.

«A raíz de la manifestación del 14 y después de haber sido presentado por los obreros el pliego de reclamaciones sobre la baja del cambio, la Federación Regional Ecuatoriana de Trabajadores, envió al Gobernador de la Provincia una nueva comunicación firmada por el Secretario General, Abel González, en la que se pedía al Jefe de Estado, lo siguiente: 19.—El Decreto de incautación total de giros para la baja del cambio unificados el de una moratoria regulada. 29 Abolición de los Estancos de Tabacos, el de Sal y el Monopolio Azucarero. 30 Promulgar una Ley que grave las tierras incultas y 49 Como complemento de los puntos anteriores el estímulo y protección a la Agricultura, Industria y el Comercio.

«Ahora vamos a explicar los acontecimientos del día 15 por la tarde. Un grupo de huelguistas se presentó en una Panadería cerca del Cuartel de Policía, de la calle Cuenca, en actividad agrasiva. El dueño de ella pidió auxilio a la Policía; acudió ésta y apresó a los autores. El pueblo se apersonó ante la primera autoridad pidiendo la libertad de los detenidos y dicha autoridad, agotando las medidas conciliatorias y aún a riesgo de que su actitud pudiera calificarse como débil, accedió a lo solicitado; pero de entre los manifestantes que se encontraban frente a la Clínica del señor doctor Abel Gilbert, escuchando los discursos pronunciados por los Síndicos, salieron voces que demostraban no hallarse satisfechos y que indicaban la necesidad de ir al Cuartel de Policía. Un grupo se lanzó sobre la escolta de Policía que estaba de servicio en la parroquia Olmedo, con motivo de las elecciones; desarmó a los gendarmes, y, con esas armas, a más de las que existían en poder de algunos individuos que se hallaban en la manifestación, se lanzaron en actitud de franco ataque contra el Cuartel de Policía. Otros grupos se dirigieron por el Boulevard Nueve de Octubre a atacar, según lo gritaban, al Cuartel del Batallón Vencedores N9 1.

«Los cuerpos atacados no podían desde luego permanecer impasibles. Sin embargo, procediendo con un tino que les recomienda y que es de pública notoriedad, hicieron primero descargas al aire. Como estas no produjeron el objeto deseado de amedrentar a los asaltantes quienes ya habían herido al Teniente Ulloa y a unos gendarmes de Policía y soldados del Escuadrón «Cazadores de los Ríos», tuvieron lugar los encuentros cuyos resultados sangrientos todos conocen. Si la tropa hubiera disparado euseguida sobre la multitud el número de muertos y heridos habría sido inmensamente mayor.

«Mientras estos encuentros se realizaban en las calles, determinados grupos que seguitamente no estaban integrados por obreros, se dedicaban en el centro de la ciudad, a asaltar y destrozar los almacenes de los señores González Rubio, Cassinelli Hnos. Solá y Co., Miguel Enrich, González Hnos., Enrique Ribas y Santiago Zerega.

«Antes de terminar, es preciso dejar constancia de que como lo sabe todo Guayaquil, desde el día 14 comenzaron a ejecutar ciertos actos ten-

hientes a impedir que se realizaran los trabajos ordinarios en que se manifiestan las actividades de la urbe, actos que, ejecutados por grupos que se decían huelguistas, iban tomando cada vez mayores y más censurables proporciones, pues el día 15, llegaron hasta el extremo de arrojar al río la leche que venía de las haciendas cercanas para el consumo público y habían también impedido desde el día anterior la mataza de ganado en el Camal y la elaboración de pau en las respectivas fábricas.

«Hay también otra circunstancia digna de hacerse constar, y es la de que, desde que se produjo la huelga en Durán, hubo quienes fueron ante los obreros a proponerles que designaran como representantes de ellos, para los arreglos a de terminada persona cuya actuación política hostil al Gobierno es notoria.

«Hemos formulado esta exposición, fundados en hechos que son del dominio público, de los cuales unos constan en documentos que conservamos, y otros han sido presenciados por numerosos testigos. No hemos querido, intencionalmente, hacer comentario alguno que pudiera interpretarse como deseo de llevar al criterio por determinado sendero. Y más aún, hemos omitido ciertos detalles reveladores que no es posible darlos a conocer, para evitar que se dañe la acción investigadora de la justicia. Queremos que el público, con conocimiento de los hechos, diga cuál ha podido ser la causa de los continuos cambios de las peticiones obreras, en los momentos precisos en que las soluciones se acercaban, y a qué ha podido obedecer la intervención de elementos maleantes, que nada tienen de obreros, en las manifestaciones de los huelguistas.—[f] J. Pareja.—[f] E. Barriaga.—[f] Alejo Mateus».

*
* *

La exposición precedente, que constituye un valiosísimo documento, sea por la veracidad que en él se contiene, sea porque las autoridades locales han probado con ello su respeto a sus conciudadanos y a la opinión pública, —actitud casi nunca observada, que nosotros sepamos, por funcionarios que se hayan visto en igual caso y en idénticas emergencias,—rebate de suyo las antojadizas imputaciones de quienes han querido torcer el criterio público, con fines interesados.

Las familias guayaquileñas son testigos de los sucesos desarrollados en la semana trágica, que ni con mucho serían parecidos a los hechos de Barcelona que dieron término con el fusilamiento de Ferrer en el célebre Castillo de

Montjuich, ni a la horrorosa matanza de Buenos Aires, cuando el Ministro de la Guerra General Dellepiani fue investido por el Gobierno de todos los Poderes del Estado. Y que nos digan, que nos increpen esas familias a las cuales nos referimos respetuosamente si acaso no es cierto cuanto afirman con desenvoltura los señores Gobernador, Jefe de Zona e Intendente del Guayas.

Caballeros como son, sostienen bajo su firma el brillo de la verdad, y al hacerlo no tratan de defenderse, porque no lo necesitan, sino de poner en mayor relieve, si cabe, sus respetos al país en que nacieron.

Demás estaría que nosotros continuáramos comentando acerca de los hechos anteriores y posteriores al 15 de noviembre, una vez que la palabra de las autoridades locales ha repercutido ya por todas partes; pero hay cosas que deben ser expresadas y analizadas por terceras personas, a fin de que no se oculte nada tras la mampara de la hidalguía y de la modestia. Esta es la razón de ser del presente folleto.

¡No faltaría más que sólo por virtud de ciertas consideraciones quedasen sin estudio las faces más culminantes de las páginas de la Historia Patrial! Quienes obran honradamente y quienes observan, así mismo, hidalgamente, valen, por supuesto, más, muchísimo más, que los merodeadores de una cualquiera oportunidad.

¿Qué vale abrir la aljaba y disparar? Nosotros conocemos de cerca a los que han dado en llamarse redentores con ansia de sangrarle al propio vecino y al primer prójimo. Si nos fuera permitido vaciar en estas páginas los lineamientos de todos los agitadores, cuándo reservados como el burro y cuándo habladores como el loro, quizá resultaríamos una caricatura de las CATILINARIAS de Juan Montalvo; pero no queremos ser cansados ni presumidos.



Reunido nuevamente el pueblo de Guayaquil en las cercanías de la Gobernación, al medio día del 15, sonó la señal convenida: el doctor Trujillo peroró en esta forma: «Pueblo: hasta hoy nos hemos revestido con la piel del cordero; pero desde mañana nos cubriremos con la piel del tigre»!!! *Trujillo el 15 de Guayaquil*

A estas palabras, palabras de franca rebeldía, siguió una confusión espantosa; y mientras los conjurados desarmaban a la escolta de Policía que custodiaba la mesa electoral de la parroquia Olmedo, instalada tras la Maternidad; mientras avanzaban al cuartel de Policía, armados de revólveres, escopetas, piedras y machetes; mientras saqueaban escandalosamente los almacenes de Solá y Cía., de González Rubio, de Miguel Enrich, de E. Ribas, de Cassinelli Hnos., de Juan Miranda, de Zerega; mientras hacían resistencia a una parte del Ejército, matando e hiriendo a muchos de ellos y de la Policía; mientras tanto, el Pueblo leal, que no se mezcló en estos hechos reprochables, vergonzosos e indignos, permaneció frente a la Clínica Guayaquil hasta que fue disuelto por la fuerza pública. Y todos se retiraron a sus hogares con la conciencia del deber cumplido, deplorando solamente que hayan defraudado sus esperanzas los agitadores y los revolucionarios,

Las autoridades locales sólo permanecieron a prevención, y únicamente se limitaron a defender el orden y la tranquilidad públicos. El primer grito y el primer tiro partieron del seno de los amotinados, quienes pretextaron que iban a ponerlos en libertad a varios compañeros que estaban presos, pero después de haber trabado lu-

cha con una escolta de Policía y luégo de haberla desarmado con atrevimiento.

No se ha de buscar, desde luego, porque no se ha de encontrar, a los culpables en las entrañas del Gobierno; sino en los que prepararon el golpe y permanecieron escondidos y atentos al curso de los acontecimientos. Y vaya que para escapar al fallo de la Historia y eludir las enormes responsabilidades, son la octava maravilla aquellos que han vuelto a hundirse en las tinieblas del desprestigio, con el intento, eso sí, de tornar a las andadas sin rubor alguno.

Colocados nosotros en el fiel de la balanza, tal cual se hallan las personas sensatas e imparciales, creemos que el Gobernador y el Intendente del Guayas y el Jefe de la Tercera Zona merecen el reconocimiento público por sus importantísimos servicios en obsequio de Guayaquil; pues si no hubieran contenido el desmán a tiempo ¡horror lo que hubiésemos presenciado en la noche del 15! Si el saqueo se consumió en pleno día, a las tres de la tarde, ¿qué no habríase hecho por la noche, noche sin luz?

Aquello de que saquearon sólo con el propósito de buscar armas, no es del todo cierto, en razón de que las mercaderías robadas ascienden a una suma fabulosa, según han denunciado los comerciantes perjudicados y según se desprende de las especies recuperadas y entregadas a sus dueños. ¿Luego?.....

En vista de los sucesos del 15 y atenta la gravedad de la situación que empeoraba por momentos, y habiéndose comprobado la existencia de un complot revolucionario con ramificaciones en Riobamba y en Quito, el Ejecutivo se vió en el ineludible imperativo de solicitar la tarde del mismo día las Facultades Extraordinarias, del H. Consejo de Estado; Facultades que, en forma limitada, fueron delegadas a los Gobernadores del Chimborazo y del Guayas.

La prensa local registra en sus columnas el hecho innegable de que una gran parte de los muertos y heridos de aquella luctuosa jornada, perteneció al montón maleante de la ciudad, es decir, se contaban rateros reincidentes y matones conocidos. Pero, por desgracia, las bajas perdidas hicieron, también, blanco en personas mercedísimas, como el señor Rafael Candell, una niña saya y la niña María Moreira.

Y es lo natural en ciudades como Guayaquil cuyas casas están construídas con materiales que no oponen resistencia alguna a los proyectiles de las armas de fuego.

He aquí los hechos en la forma que se desarrollaron. Ahora, dígasenos: ¿quiénes son los responsables?

Envuelve tremenda injusticia eso de acusarle al Gobierno la responsabilidad de los acontecimientos bosquejados a la ligera en este folleto, como se verá en la imparcialidad que aquí se contiene; así también revela egoísmo o mala fé aquello de negar sistemáticamente la existencia real de un complot revolucionario, que originó la hecatombe del 15 de noviembre. Pero cada quien es libre de opinar como mejor le venga en ganas, muy en particular a los que tachan de mala y pésima la presidencia del doctor Tamayo. Sólo que las oposiciones cuando no son razonadas y más bien sustentan el fuego de la pasión, no prestigian desde un principio.

Un testigo presencial de los acontecimientos del 15 de noviembre, ha expuesto sus impresiones en «El Comercio» de Quito, las mismas que, por ser completamente verídicas, las reproducimos tomándolas del decano de la prensa capitalina:

“DE GUAYAQUIL

15 de noviembre de 1922.—La angustia de la ciudad vista por dos ojos impasibles.

He presenciado por primera vez en mi vida el espectáculo más imponente: la angustia de una ciudad construida de madera, de industriosa actividad y de pacífico carácter, ante la inminencia del incendio, del saqueo y del

deguello. Los primeros y justos reclamos obreros para aumento de salario fueron suplantados por la codicia, la audacia y la ambición, exagerados a límites tremendos, agravados con exigencias insolentes y ya hechos un hacinamiento incongruente y maquiavélico, impregnados de odio, envidia y furor.

La sorpresa y estupefacción de las familias fue grande cuando en la primera manifestación colectiva, el grito obrero fue acompañado por el gesto y el ademán airado de unas 200 mujeres mezcladas con la muchedumbre, lanzando miradas extraviadas a los balcones de las casas, repletos de riquezas y niños, a los que insultaban y amenazaban con la conocida señal de deguello.

En este momento la ciudad tuvo el sobresalto de lo desconocido y vislumbró el peligro de la masa humana sin dirección honrada, falazmente conducida, que caía, una vez más en el sueño destructor: ávida de riqueza, se preparaba a destruirla, cansada de no poseerla y engañada en los medios de conseguirla.

Desde este instante el padre, el hermano, el esposo temblaron...; el comerciante, el propietario se sobrecojieron... En el ánimo de la ciudad empezó a plaupear el espectro de lo trágico.

Guayaquil fué condenado a las tinieblas, a la inercia, al hambre y a las pestes.— Interrumpida la planta eléctrica no se podía sacar un farol para alumbrar el frente cada casa, el que intentaba trabajar era perseguido a piedras, se regaban los tarros de leche y se clausuraba a palos tiendas y mercados, montones infectos de basura alteraban la atmósfera cálida de la urbe.

Reinaba la plébe anguina, y los falsos apóstoles negociaban con las autoridades, engañándolas para ganar tiempo mientras la caldera levantaba más vapor.

La segunda manifestación organizada a raíz de pactarse el arreglo sobre cambios, hizo caer la venda a los que no querían ver claro. El ademán de deguello es ahora unánime en la turba. Mujeres y niños esvardecidos proclaman la muerte de los ricos, de los blancos, el saqueo y el incendio. Y así comenzó lo que se creyó ya incontenible.—Crujos audaces se lanzan a quitar las armas a los destacamentos en las mesas eleccionarias.

Y llegó el momento psicológico en la historia de Guayaquil. Una escolta de 50 hombres del batallón «Marañón» en la calle Pedro Carbo, es sumergida insensiblemente por grupos de pueblo que les halaga con palabras fraternales.—Cada soldado tiene a su alrededor 20 o 30 personas que les hablan como antiguos conocidos. Les preguntan si dispararán.—Los abrazan.

Los soldados no saben qué hacer, sintiendo disgregado el destacamento. A duras penas conservan sus armas.—Por intuición salvadora se valen de una estratagemá: no dispararán, pero siempre que se separen los grupos y que los dejen solos; no les entregan las armas al pueblo porque no saben manejar el rifle. Hay dudas para aceptar el argumento.—Las familias que oyen los diálogos y ven la fraternización se desmoralizan.—Se acerca la Policía rechazando a los atacantes del cuartel que refluyen en dirección del pueblo y del «Marañón». Les llega a éstos el momento de prueba. El pueblo les pide que tiren sobre la policía.—Ellos responden exigiendo que el pueblo a su vez pase a la acera opuesta para defenderse mejor y dejarles libertad de maniobra. El pueblo accede. En este momento los soldados recobran milagrosamente su libertad de acción, se forman y alinean, se colocan en actitud defensiva pero firme, y sin disparar sobre los grupos bolcheviques, dejan que la policía avance y los disperse: ni engañaron ni se dejaron engañar!

El «Marañón» vuela a la defensa del comercio en pleno saqueo y castiga sin piedad al vandalismo que no se somete a la primera intimación.

El Mayor Vascones con el «Cazadores de Los Ríos», hace una labor llena de criterio y sagacidad. Su tropa obedece y cuenta los tiros que emplea. No háy exceso ni deficiencia en la represión: es lo justo.

Todos los cuerpos de línea y la Policía cooperan desde que se logra ocasionar la situación.

Pero ¿se cree que los tiros han empujado a los bolcheviques hacia sus casas? Pues nó; en lugar de retirarse a ellas se dispersan por la calle Pichincha y empiezan a romper los almacenes, unos en busca de armas y otros de mercaderías. Los almacenes más conocidos les atraen: Gonzalez Rubio, Eurich, Solá, Casinelli, Miranda. La tienda de Gonzalez Rubio queda llena de zapatos viejos que dejan en cambio de los nuevos: al día siguiente la vitrina del almacén expone estos tristes trofeos de un vandalaje pretérito.... En verdad falta unidad de acción en la tropa durante los primeros cuarenta minutos. Fue difícil romper el contacto con las masas y obtener libertad de movimiento para la mayor parte de los destacamentos regados en las calles. Quizás por esto progresa el saqueo. En medio de él se organiza la defensa del comercio en la que intervienen pelotones numerosos. La tropa está llena de disciplina y empieza a cazar y capturar ladrones. Un oficial de línea acude a un medio ingenioso para no matar gente: llama a un hombre, lo hace penetrar como parlamentario al almacén de González Rubio y les indica a los ladrones que salgan de dos en dos con las manos en alto para que la tropa no dispare. Así lo hacen y cada par es amarrado a una larga cuerda que une finalmente a 43 desalmados que la escolta conduce a prisión, vivos y bien calzados.

El almacén de Casinelli no puede ser evacuado en esta forma, porque hacen resistencia. La defensa es sangrienta. El local es cernido a bala y reducido al silencio. Los sobrevivientes escalan paredes, llegan a los techos donde encuentran rejas que les impiden el descenso para la fuga y cuando bragan para separar los barrotes de hierro, les llegan las balas sin misericordia. Al día siguiente aparecen dos sobrevivientes escondidos en dos barricas de petróleo.

El batallón «Vencedores» que cuida el gran parque de infantería tiene ante sí la enorme Plaza del Centenario en cuyo perímetro hay tres edificios de obreros desde los cuales asesinan a los soldados.—La defensa en tales condiciones es difícil, pero al cabo surte. El resto de la gran manifestación, una masa de 3 o 4 mil infelices, regresa por la calle 9 de Octubre y al llegar a Escobedo empiezan a caer los muertos.—Los huelguistas bolcheviques no se explican quien los tira. Miran las casas cercanas en busca de agresores. Los desgraciados no se dan cuenta que, 5 cuadras más adelante, la Plaza del Centenario está sembrada de soldados echados de vientre en el suelo, enemigos invisibles a distancia, que disparan sobre la manifestación desbordada. En la calle Chanduy, en la casa que ocupa la Jefatura de Zona, hay un cuerpo de guardia que, parapetado tras las ventanas de las casas coopera a la sangrienta dispersión.—Las mujeres bolcheviques caen echando maldiciones y excitando a los que las rodean. Parece que el centro «Rosa Luxemburgo», no se reunirá más en Guayaquil.

A las 5 de la tarde cesan los fuegos.—La tropa ha disparado como con medida: los tiros justos para hacer el efecto necesario para desmoralizar a

las tarbas bolcheviques.--1.500 soldados disparando, solo han hecho 200 bajas a las masas compactas. La furia contenida y humillada se desata ahora por la prensa llamando asesinos a esos héroes calmados que hicieron su deber y nada más, sin ensañamiento inútil, con parquedad humanitaria en la inevitable crueldad de los hechos.

El número de bajas sufridas por las masas revueltas es el mejor testimonio de la disciplina admirable y del estoico comportamiento del Ejército. --Los jefes y oficiales son admirados por todos los que oían de cerca las órdenes precisas y adecuadas que imparten a la tropa: «no disparen mas que una sola vez»; «dos soldados al frente, nada más»; o dirigiéndose a los grupos: «a dormir señores, a dormir», «a sus casas, tranquilos»

A las 6, el crepúsculo empieza a cubrir Guayaquil en momentos que el ejército, al toque de reunión, se ha formado en el solitario Boulevard. Rompe la marcha hacia los cuarteles el «Marañón» y desfila al son de su canto de marcha que los soldados entonan por igual. Es un momento inolvidable: se abren cuantas ventanas hay en esa calle; se asoman los habitantes; respiran . . . y un aplauso unánime, prolongado, caluroso, salido del corazón, repleto de agradecimiento y simpatía sale de todos los pechos honrados: Vivan los salvadores de la ciudad: grita la calle entera y la tropa responde Viva la Patria. Abajo los bolcheviques. Viva el General Barriga!

Quizás la historia recoja este detalle de suprema sinceridad, pero al apagarse contra la bóveda estrellada el eco de la ciudad agradecida, sin duda que la justicia divina puso a Barriga al lado de Delapiana y Silva Renard, los salvadores de Buenos Aires e Iquique.

Guayaquil, Noviembre 23 de 1922.

UN CRONISTA IMPARCIAL



Merece capítulo especialísimo, estampado al calor de los más francos aplausos, la conducta noble, leal y varonil del Ejército de la plaza de Guayaquil, a órdenes del pundonoroso Jefe de la Tercera Zona Militar, señor General don Enrique Barriga y de su selecta oficialidad; quienes, así salvaron a las familias guayaquileñas, como evitaron un mayor derramamiento de sangre, provocado a porfía por los sediciosos y *bolsheviks*.

El General Barriga, de acuerdo con los señores Gobernador e Intendente, agotaron esfuerzos y paciencia con tal de contener la hecatombe; pero lejos de lograr su objeto, eran correspondidos por medio de una insolencia jamás vista. Sin embargo no quisieron extremar las medidas de represión por un sentimiento humanitario, muy natural en quienes pueden ufanarse de caballeros; pues si careciesen de este atributo, los proyectiles habrían barrido sin misericordia. ¿Acaso no llegaron a la Jefatura de Zona y aún al Regimiento de Artillería muchas personas del mundo social a pedirle y suplicarle al General Barriga en el sentido de que salve a la ciudad de la furia de las masas precipitadas y enloquecidas?

Y el Ejército salió a cumplir con su deber: "¡los tiros fueron medidos!" Los saqueadores del almacén de Cassinelli Huos., entre otros rateros, ladrones y gentes del hampa, recibieron duro y merecido castigo, no sólo porque se hicieron reos de atroces crímenes, sino por haber hecho resistencia con armas de fuego y con armas blancas.

El Teniente Humberto Navas P., del personal de la Tercera Zona, recibió la orden terminante de disolver a los amotinados, avanzando por el boulevard hasta la calle Pichincha al mando de veinte hombres del Regimiento Sucre; donde pudo darse cuenta del saqueo en el almacén de los señores González Rubio. Llegó a su frente, y a pesar de que los ladrones se batían, el oficial les intimó rendición, con la adverten-

cia de que si no obedecían dispararía sobre ellos. Entonces pidió y obtuvo unos cabos de la vecindad y los amarró de dos en dos a treinta y cinco que fueron cogidos *infraganti*. De este modo, cual cadena de amargos eslabones, eran conducidos a la Policía con este *in-ri*: POR LADRONES. El público y numerosas damas que presenciaban tan emocionante espectáculo aplaudían al Ejército, en tanto que la tranquilidad y el sosiego renacían como por encanto en las familias guayaquileñas, tras largos días de pre-enciar un paro no voluntario, sino a la fuerza y después de que el hambre tocaba ya en cada hogar. ¡Si llegaron aún a botar la leche a la ría y a cerrar los mercados!

La prensa del país ha condenado a los autores y coautores de la rebelión que tuvo un desenlace sangriento, y como aquí no se ha conocido en toda su amplitud la protesta de "El Comercio" de Quito, tenemos a bien insertarla al pie, tomándola de la edición del 3 del presente. Ojalá que la dura prueba sirva de ejemplo a las generaciones venideras y, también, que la Historia grave en sus páginas los nombres de los salvadores de Guayaquil y de los que intentaron conducirnos dinteles adentro de la destrucción y de la muerte.

He aquí la protesta de "El Comercio" a la cual nos referimos anteriormente:

DURA EXPERIENCIA

Necesitamos intensificar las energías nacionales, y no gastarlas infecundamente.

Los sucesos que atónita acaba de presenciar la República servirán de dura experiencia para que reine el buen sentido.

Cuando la disciplina y el orden se relajan, los males crecen hasta tomar proporciones que son la vergüenza de la civilización y el estancamiento del progreso.

En esta hora trágica el Ejército ha dado muestras de alta conducta y de lealtad a toda prueba. La República se ha salvado del furor criminal de la chusma de salteadores que trabajaban a la sombra, intentando escudarse detrás de inocentes operarios y de honrados hijos del pueblo. ¿Qué ha quedado en limpio? Dos, tres centenares de tumbas abiertas por la ambición de unos pocos y el instinto delictuoso de aquellos que, filiados

en la Policía, se aprovechan de la confusión para atacar la propiedad invadida y allanar ajenos domicilios.

Una hecatombe, asonada, revuelta o, llámesele como quiera, que sólo ha dejado en limpio ayes, escándalos, sangre, dolores y hambre.

Si recorremos la historia ecuatoriana y aun de la América hispana, hallaremos que en muchísimos casos, salvo las épicas luchas por la independencia y unas pocas por la legítima libertad, las revoluciones, no sólo han sido estériles para el progreso del Continente y de un modo singular para nuestra patria, sino que han engendrado retroceso, lágrimas, miserias e infortunios sin cuento.

¿Cuánto le costará a la nación el paro de trenes, el descanso de las cuadrillas de aduana y el ocio de otras oficinas fiscales?

¿Qué de pérdidas para los particulares con la paralización de empresas, fábricas y activos negocios, con el asalto a valiosos almacenes y la destrucción de viveras en Guayaquil, laborioso puerto en el que el descanso de una hora es la disminución de miles de sucrés!

¿Y la pérdida de brazos para las industrias y la agricultura?

Estamos curados de espanto. El buen juicio, por fortuna, se ha impuesto por sobre las locuras de los instigadores, por sobre la perfidia de quienes lanzaran la piedra de escándalo y ocultaran el brazo fratricida.

Estamos seguros de que los obreros sanos y de buena voluntad, los incautos y curiosos, repetirán en sus hogares, como una resonancia de la voz de sus conciencias y aterrados de que se les haya tenido como ciegos instrumentos de viles maquinaciones que aprovechan a unos pocos que enquivan el cuerpo; repetirán, decimos, que no han de ser por más tiempo esclavos para que los políticos ambiciosos suban.

Les queda la experiencia de lo que valen las argollitas azules o rojas, blancas o coloradas, de jueces o de abogados corruptores del pueblo, de *alcatraces* o de malos síndicos que, como otras tantas boas constrictoras, estrechan a la patria hasta que crujan sus huesos y quede sin aliento.

Ya no son creídos los oradores de la multitud, lobos con piel de oveja, tigres con vellón de corderos, como ellos mismos dicen. La sinceridad ha huido de sus almas: atizan la hoguera social para, sobre los tizones, alzarse a gozar de sus triunfos malditos y fratricidas.

Sirva la dura lección reciente, sobre humeantes charcos de sangre, de elocuente demostración de las tristes consecuencias a las que las bajas pasiones políticas arrastran a hombres que ayer no más fueron útiles al país, antes de que les cegase el ansia de figurar, con detrimento del imperativo categórico de sus conciencias y del implacable fallo de la historia.

Restablecido el orden, ojalá reine, lo repetimos como un toque de esperanza, el buen sentido, a fin de que el optimismo en el trabajo reanuncie sus fuerzas agotadas y todos vuelvan, con la amarga experiencia grabada en el alma, a sus labores habituales, a recuperar pérdidas y fortalecer las energías que desperdiciaron.

[«El Comercio» del 3 de diciembre].

Nosotros hemos querido únicamente escribir para la historia, y damos por concluida nuestra misión.

Para terminar nos falta, empero consignar nuestra

gratitud, gratitud incancelable, para el notable cirujano y caballero a las derechas, señor doctor don Abel A. Gilbert, por sus humanitarios servicios en bien de los heridos en la contienda; a quienes les atendió y curó gratuitamente en la CLÍNICA GUAYAQUIL, en compañía de los no menos nobles galenos, doctores Jorge Wagner, Armando Pareja y Antonio Trojillo.

Guayaquil no podrá olvidar jamás la meritisima labor de los cuatro facultativos guayaquileños, especialmente del digno Jefe de la CLÍNICA GUAYAQUIL doctor Abel Gilbert, ora por su amor a la humanidad doliente, ora por la temeridad con que desafiaron el peligro en busca de heridos y a través de la zona más peligrosa, en los momentos culminantes de la lucha.

Asimismo será difícil que pagnemos los servicios del abnegado Cuerpo de Bomberos, que cuidó la ciudad durante las noches oscuras y que contribuyó al restablecimiento de la normalidad pública.

Por todos ellos, por los salvadores de Guayaquil, por el Gobierno: ¡Salud!

Durante los primeros momentos, quizá pudo haber una ligera y lamentable confusión, ya por la intriga, ya por la suspicacia de los políticos y de los bolsheviques, que estaban dirigidos por extranjeros perniciosos expulsados de otros países y por la mano oculta de los de la trastada; pero al cabo de un mes, apenas de un mes, no hay quién no vea a los culpables en los mismos agitadores de los estudiantes, en los mismos arbitradores de la huelga de Durán, en los mismos azuzadores de la huelga tranviaria, en los mismos instigadores del paro, en los mismos bolsheviques, en los mismos "corderos" y en los mismos "tigres."

Lo Justicia ha triunfado y se yergue cual Faro resplandeciente sobre la oscuridad de los abismos; y, por lo mismo, el Gobierno ha justificado todos sus pasos de represión!

Guayaquil, Diciembre 16 de 1922.

Un Historiador

